

entonces vinieran desempeñando, ó á fin de atender á sus negocios particulares, disfrutando completa tranquilidad. Pero **1780.** la citada proclama dispó las ilusiones de los que así pensaron, haciéndoles comprender su verdadera situación; ellos deseaban la neutralidad y la paz, y negábaseles ambas cosas, puesto que si no se alistaban bajo las banderas de su país, debían formar parte de la milicia como súbditos británicos para servir la causa real. Los colonos suspiraban por la paz, mas al ver que era preciso combatir en favor de una parte ó de otra, prefirieron hacerlo por la libertad, pareciéndoles que tanto derecho tenían ellos, á faltar á las promesas de alianza que Clinton les impuso, como tenía éste para trasformarlos de prisioneros en súbditos británicos sin su consentimiento.

Restablecida en concepto de Clinton la tranquilidad en el Sur, dejó á Lord Cornwallis en la Carolina y Georgia con unos cuatro mil hombres, y se embarcó el 4 de junio para Nueva-York, proponiéndose llevar la guerra á los Estados vecinos, mas habiendo recibido noticias del Norte anunciando que los americanos recibirían tal vez algunos socorros de los franceses, parecióle mas oportuno volver con la mayor parte de su ejército á Nueva-York.

Después de la rendición de Charleston y la completa derrota de todos los destacamentos americanos que había en aquellos puntos, siguióse por espacio de seis semanas una desusada tranquilidad; y en vista de esto, Lord Cornwallis, siempre celoso por la causa de su soberano é imaginándose que la Carolina del Sur y Georgia se habían anexionado al imperio británico por afecto y no en apariencia, meditó un ataque contra la Carolina del Norte. Sin embargo, á pesar de la impaciencia de aquel activo oficial, poco amante

del reposo, no le fué posible poner inmediatamente en ejecución su proyecto, pues el calor sofocante de la estación, la carencia de almacenes y la imposibilidad de mantener á su ejército en el campo antes de la siega, le obligaron á permanecer tranquilo, si bien no perdió el tiempo en el intervalo. Lord Cornwallis distribuyó sus tropas en la Carolina del Sur y en Georgia del modo mas conveniente para proceder al alistamiento de los jóvenes á quienes se pudiera inducir á que se alistasen bajo la bandera real; dispuso que se formasen compañías de milicia y mantuvo una correspondencia con aquellos habitantes de la Carolina del Norte que eran afectos á la causa británica, manifestándoles que se hallaba precisado á retrasar la expedición á su país, por lo cual les aconsejaba á que esperasen la época de la siega y permanecieran tranquilos hasta que el ejército real fuera á prestarles apoyo. Deseosos no obstante los partidarios de la causa del monarca de demostrar cuánto era su celo y en la esperanza de salir victoriosos, despreciaron el consejo de Cornwallis y quisieron promover una insurrección que fué vigorosamente reprimida. Sin embargo, un cuerpo de aquellos partidarios compuesto de ochocientos hombres, á las órdenes del coronel Bryan, consiguió marchar por Yadkin y llegar á un puesto inglés situado en Cheraws, después de lo cual volvió á Camden.

Mientras que Cornwallis llevaba á cabo los planes de sus superiores, suponiendo equivocadamente que los insultos, los ultrajes y el despotismo de los militares atemorizarían á los americanos, estos **1780.** por su parte no permanecían ociosos.

El gobernador Rutledge trabajaba activamente; la Carolina del Norte organizó un considerable número de milicia; el Congreso dispuso que un destacamento del ejército

principal marchase al Sur, y gran número de habitantes arrepentidos de haberse mostrado apáticos durante el sitio de Charleston, resolvieron tomar las armas para resistirse y espulsar á los invasores.

La altivez de los oficiales ingleses y la insolente tiranía de estos y de los Tories escitaron el deseo de venganza. Triste es en verdad la pintura que hace un conocido escritor acerca de la situación de los Estados del Sur en aquella época. Héla aquí: «Animados de vengativos y rencorosos sentimientos, hijos de las mas sanguinarias pasiones, el hermano hacia la guerra á su hermano, el padre al hijo y el vecino al vecino; y ni en medio de la oscuridad de la noche, ni en el hogar doméstico, ni en la profundidad de los bosques, ni oculto entre los pantanos, podía nadie encontrar seguridad. Como los sitios mas secretos y retirados eran conocidos de unos y otros, lejos de ofrecer un asilo, convertíanse á veces en teatro de las mas espantosas crueldades. El asesino en su escondite y el guerrero en las emboscadas, entregábanse diariamente á toda clase de actos de violencia, vertiendo sin compasión la sangre de sus semejantes, y á tal punto llegaron las cosas que el viajar era casi tan peligroso como tomar parte en una batalla. Hasta los mismos extranjeros de quienes nada se sabía y que á veces viajaban pacíficamente, eran asesinados en medio de un camino ó de un paseo, y hubo distritos enteros del país donde reinaba continuamente una guerra tan encarnizada como la de los indios en las fronteras, en prueba de lo cual basta saber que en todas horas del día llevaban armas los habitantes ya para el ataque ó la defensa. Aquel periodo se señaló con otra especie de matanza que no dejaba de dar un carácter mas sombrío á la época de que vamos hablando. Partici-

pando del espíritu de destrucción que á todos parecía animar, los esclavos, muy numerosos en ciertas partes, se rebelaron contra sus amos, y apoderándose de la primera arma que encontraban, ya fuese el cuchillo ó el hacha, quitábanles la vida; y para que nada faltase en aquellas escenas de horror, usábase también con frecuencia el veneno. Hubo familias enteras que fueron estranguladas por sus esclavos, en tanto que otras perecieron consumidas por el fuego en medio del silencio de la noche. Estas inclinaciones perversas, inflamadas por el ardor de las pasiones del Sur, llegaron á un grado desconocido en las poblaciones mas cálidas del Norte.»

Tal era el estado de cosas en el Sur cuando se entabló nuevamente la lucha, y aunque pudiéramos citar numerosos ejemplos del salvaje y desapiadado espíritu que dominaba á los dos partidos, no podemos entrar aquí en mas detalles, y nos limitaremos á referir solamente los hechos particulares de la localidad.

El coronel Sumpter, aquel distinguido patriota de quien hemos hablado, fué el primero que empuñó las armas con algun éxito, puesto que el 12 de julio derrotó un regimiento de tropas reales en Williamson, después de lo cual reunióse una partida de seiscientos hombres que aunque tuvieron que fiarse á la casualidad para buscar víveres y armas, hostilizaron al enemigo en todas direcciones. Tan escasos eran los recursos con que contaban estos patriotas que algunas veces encontraban al enemigo sin llevar municiones mas que para tres descargas, pero sus frecuentes escaramuzas con los ingleses les facilitaron bien pronto mosquetes y cartuchos, y una vez provistos de lo necesario, el coronel Sumpter resolvió atacar algunos de los puestos mas fuertes del enemigo. El primero á donde se dirigió fué á

Rocky Mount, mas habiendo sido rechazado de este punto, cayó luego sobre Hanging Rock (Roca pendiente) y consiguió destrozarse un regimiento inglés que allí habia.

Tambien Francisco Marion, hombre que mereció el aprecio de todos sus compatriotas, demostró la mayor actividad y sus empresas obtuvieron un feliz éxito, sirviendo de mucho á la causa de la libertad, por mas que sus hechos de armas tuvieran cierto colorido novelesco (*). El *Zorro de los pantanos* y el *Gallo reñidor*, sobrenombres que se dieron á Marion y á Sumpter, conocian tan bien el pais que era muy difícil perseguirlos, y merced á esta circunstancia disminuía el número de los ingleses en tanto que recobraban el valor los americanos inspirándoles confianza el porvenir.

Entretanto habian salido de Maryland para ir en defensa de la Carolina algunas tropas regulares al mando del baron de Kalb, pero atendido el sofocante calor de la estacion y siendo muy difícil encontrar viveres, fué preciso marchar con mucha lentitud, á cuya circunstancia debióse sin duda que pudiera incorporarse con dicho cuerpo la milicia de Virginia y las tropas de la Carolina del Norte, mandadas por el general Caswell. El pueblo por lo general comenzaba á recobrase del mal efecto que le causara la toma de Charleston y las severas medidas de los ingleses, y no pasó mucho tiempo sin que descubriera Cornwallis que las pasadas victorias eran inútiles y que aun faltaba terminar la grande obra de someter al pueblo. En su consecuencia vióse

(*) Parece que Marion fué protagonista de una interesante anecdota en la que se refiere que habiéndole ido á visitar un jóven oficial inglés, éste quedó convencido, segun lo que vió y oyó, de que hombres que comian patatas y bebían agua por la causa de la libertad no eran fáciles de conquistar. Véase la historia segun la refiere Mr. Simms en su *Vida del general Marion*, págs. 176-80.

precisado á reunir de nuevo todas sus fuerzas para formar grandes cuerpos de ejército.

Washington deseaba que el general Greene, oficial de reconocido talento, marchara á encargarse del mando en el Sur, pero la brillante reputacion adquirida por él general Gates en la campaña del Norte en 1777, indujo al Congreso á nombrar á este jefe en 13 de junio para que ocupase dicho puesto: esperándose con fiadanza que recogeria nuevos laureles al dirigir las operaciones militares en la Carolina.

El 25 de julio Gates se incorporó al ejército en Deep River, en tanto que De Kalb, siguiendo las indicaciones de las personas conocedoras del pais, abandonó el camino recto que conducia á Camden á fin de conducir sus tropas por un terreno mas llano y establecer almacenes y hospitales en los puntos que se juzgaran mas convenientes. Gates no obstante prefirió seguir la línea recta en direccion al campamento inglés, aunque el pais que tenia que atravesar era tan estéril que apenas producía alimentos suficientes á sus habitantes. El 27 de julio se puso Gates en marcha con su ejército, mas pronto tuvo que luchar con los obstáculos y privaciones que evitara prudentemente De Kalb, pues las tropas no contaban con mas alimento que algun ganado escualido que se encontraba por casualidad en los bosques, y aun esto no siempre. El trigo y el centeno **1780.** escaseaban de tal modo que los soldados no comian á veces mas que grano verde y alguna fruta sin madurar en vez de pan, y este insuficiente alimento, juntamente con el intenso calor y la insalubridad del clima, produjeron enfermedades que habrian diezmando al ejército si el general Gates no hubiese conseguido al fin salir de aquella inhospitalaria region, donde solo se veian pinos, desiertos, colinas y pan-

tanos. Gates llegó á Clermont, en Rugglely's Mills en 13 de agosto, en cuya fecha contaba con una fuerza de unos cuatro mil hombres.

Cuando estuvo en las fronteras del Estado, Gates publicó una proclama invitando á los patriotas, á que, «se reuniesen inmediatamente á fin de librarse á sí mismos y al pais de la opresion de un gobierno que les habia sido impuesto por un miserable conquistador,» y hecho esto, prometió perdonar á todos aquellos á quienes los ingleses arrancaran el juramento de alianza, excepto sin embargo los que hubiesen cometido algun abuso contra sus conciudadanos. Esta proclama produjo muy buen resultado, pues muchos acudieron al llamamiento, y hasta compañías enteras que servian la causa del rey, desertaron para presentarse á Gates.

Lord Rawdon, jefe de las tropas inglesas en las fronteras de Carolina, se habia concentrado en Camden, y apenas supo que se acercaban los americanos, avisó inmediatamente á Cornwallis para que se reuniese con él, mas como todo el pais parecia levantarse en masa y atendido que Camden no era un punto á propósito para sostenerse, el jefe inglés juzgó oportuno emprender la retirada ó dar un golpe decisivo. Retirarse á Charleston era lo mismo que dar la señal para que toda la Carolina del Sur y Georgia empuñaran las armas, y entonces habíase preciso abandonar los almacenes y la mayor parte de las dos provincias, excepto Charleston y Savannah. Las consecuencias de semejante movimiento hubieran sido casi tan fatales como una derrota, y por lo tanto Cornwallis, aun creyendo que las fuerzas americanas fueran mas numerosas de lo que en realidad eran, resolvió arriesgar una batalla. Al efecto, el dia 15 de agosto, á la misma hora en que el general Gates se ponía en marcha desde Rugglely's Mills, distante

unas trece millas, el jefe inglés se dirigió al campamento americano á la cabeza de sus tropas.

A eso de las dos de la mañana del 16 de agosto encontráronse de improviso en el bosque las avanzadas de los ejércitos enemigos é inmediatamente comenzó el fuego, pero como quiera que algunos ginetes de la caballeria de los americanos quedasen heridos en la primera descarga, huyeron los demás desordenadamente, rompieron la línea del regimiento de Maryland, que iba á la cabeza de la columna, y sembraron la confusion en el resto de las tropas. A consecuencia de esto y de la oscuridad de la noche, cundió el pánico en las filas de la milicia, pero se hicieron algunos prisioneros por ambas partes y desde aquel momento los respectivos generales pudieron apreciar mejor la situacion que ocupaban.

Viendo Cornwallis que la ventaja estaba de su parte, aguardó con impaciencia la luz del dia para continuar la batalla con sus disciplinadas tropas, y llegado el momento, ambos ejércitos se prepararon á la lucha. Cornwallis formó á su tropa en dos divisiones, una á las órdenes del coronel Webster y la otra á las de Lord Rawdon, en tanto que por parte de los americanos se encargaba el general Gist de la brigada de Maryland, formando el ala derecha; la milicia de la Carolina del Norte ocupaba el centro y la milicia de Virginia, con la infanteria ligera, formó el ala izquierda á las órdenes de De Kalb. Gates resolvió presentarse allí donde fuera mas necesario su auxilio.

Al rayar el dia, Cornwallis mandó al coronel Webster que con el ala derecha de los ingleses atacase á los americanos. Al avanzar aquel oficial fué sorprendido por la descarga de unos cuantos voluntarios de la milicia que iban de avanzada, pero los soldados

ingleses se lanzaron impetuosamente sobre la línea de los americanos, y entonces estos huyeron arrojando sus armas, sin que bastasen los esfuerzos de los oficiales para reunirlos de nuevo. Una gran parte de la división del centro, compuesta de la milicia de la Carolina del Norte, imitó el ejemplo de la de Virginia y hubo muchos que ni siquiera dispararon un tiro. Tarleton persiguió con su gente á los fugitivos y logró cortarles la retirada, mientras que Gates seguido de sus oficiales hacia inútiles esfuerzos para reunir sus dispersas fuerzas. Desesperado el general americano, dirigióse apresuradamente seguido de algunos amigos á Charlotte, pueblo situado á ocho millas del campo de batalla.

El baron De Kalb, que iba á la cabeza de las tropas continentales, vióse pues abandonado por la milicia que constituía el centro y ala izquierda del ejército; pero aun cuando quedó espuesto al ataque de todas las fuerzas enemigas, en vez de imitar el ejemplo de sus hermanos de armas, se condujo con la mayor intrepidez, y sus soldados se defendieron como hombres. Lord Rawdon le atacó en el mismo momento en que el coronel Webster desbarataba el ala izquierda, pero los americanos se resistieron vigorosamente y la lucha prosiguió durante algun tiempo con la mayor obstinacion por ambas partes.

La reserva americana cubrió entonces la izquierda de la división de De Kalb, pero como quedaba descubierto un flanco por la huida de la milicia, el coronel Webster, despues de destacar algunos caballos é infantería ligera en persecucion de los fugitivos, atacó con el resto de sus fuerzas de frente y de flanco á la división enemiga. Entonces vióse á los americanos luchar desesperadamente con los ingleses, mas á poco llegó Cornwallis con todas sus fuerzas,

y los primeros, obligados á ceder el campo, huyeron desordenadamente. El bravo De Kalb cayó acribillado de heridas al dar una brillante carga á la cabeza de sus tropas, y su ayudante de campo, el teniente coronel du Buisson, que se habia lanzado á socorrer á su jefe, esponiendo generosamente su vida para salvarle, recibió tambien varias heridas y quedó prisionero. De Kalb fué tratado con el mayor esmero por el enemigo victorioso, mas aquel intrépido oficial murió á las pocas horas. El Congreso dispuso luego que se erigiese un monumento á su memoria (*).

Esta victoria decisiva costó á los ingleses poco menos de cien muertos y doscientos cincuenta heridos, mas los americanos tuvieron por su parte novecientas bajas, sin contar unos mil prisioneros. Todos sus bagajes y artillería cayeron en poder de los vencedores, y de este modo el ejército del Sur quedó completamente destrozado, excepto el destacamento que mandaba Sumpter. Este jefe habia interceptado un convoy en Wateree y cogido doscientos prisioneros, mas al saber el desastroso desenlace de la batalla de Camden, retiróse apresuradamente. Despues de recorrer algunas millas y creyéndose ya fuera de peligro, Sumpter se detuvo para dar algunas horas de descanso á sus tropas rendidas de fatiga y de sueño, pero Tarleton, que perseguia ansioso al enemigo, se presentó de improviso en el campamento de Sumpter, y dispersando á los americanos despues de matarles tres ó cuatrocientos hombres, se apoderó de los prisioneros que llevaban. Solo unos cuantos de los vencidos entre los cuales iba su jefe, tuvieron la suerte de refugiarse en los bosques.

Profundamente afligido Gates retiróse con

(*) Véase la obra de Lossing, titulada *Pictorial Field Book of the Revolution*, vol. II, págs. 637-8.

el resto de su ejército á Salisbury, desde donde marchó á Hillsborough, haciendo todos los esfuerzos imaginables para tomar la revancha del terrible golpe que acababa de recibir; y habiendo reunido despues una escasa fuerza, avanzó de nuevo en el mes de noviembre hácia Salisbury. Para colmo de desgracias, el Congreso olvidó ó no quiso tener presente los méritos contraídos en otro tiempo por el vencedor de Saratoga, y el 5 de octubre dispuso se abriese una informacion respecto de su conducta, previniendo al mismo tiempo á Washington que nombrase otro jefe en su lugar. En su consecuencia y por acuerdo del Congreso de 30 de octubre, designóse para sustituir á Gates al general Greene, quien tomó posesion de su cargo el dia 2 de diciembre. Gates abandonó el ejército para no volver á servir mas en él, pues no solo estaba profundamente disgustado por su desgraciada derrota, sino tambien por la pérdida de su único hijo, que solo contaba unos diez y nueve años de edad. Washington, siempre bueno y generoso, le escribió una afectuosa carta, dándole el pésame por su doble desgracia, y la legislatura de Virginia dictó un acuerdo en el cual se manifestaba, «que nunca se olvidarían sus gloriosos servicios aun cuando hubiera sufrido un revés de fortuna.»

Despues de la batalla de Camden no le fué posible á Cornwallis ir en busca de nuevas victorias con su acostumbrada actividad, pues su escaso ejército habia disminuido tanto á causa de las enfermedades como de la guerra, y no teniendo además suficientes provisiones, desistió de perseguir al enemigo por no creer tampoco oportuno abandonar la Carolina antes de haber suprimido el espíritu de resistencia á su autoridad, que iba estendiéndose por toda la

provincia. A fin de someter completamente al Estado, parecióle conveniente adoptar las mas severas medidas, porque consideraba á la provincia como un pais conquistado sin condiciones, suponiendo que sus habitantes debian respetar la alianza con su antiguo soberano y cumplir con los deberes que aquella le impusiera, si no querian sufrir el condigno castigo. Cornwallis olvidó sin duda ó aparentó olvidar que muchos de los habitantes eran prisioneros de guerra bajo palabra; que sin pedirlo se les habia dispensado de ella, y por último, que solo mediante una proclama se les declaró súbditos británicos en vez de prisioneros.

Suponiendo pues que todo el pais estaba posternado á sus piés, dirigió la siguiente carta al comandante de la guarnicion inglesa en Ninety Six: «He dado órdenes para que todos los habitantes de esta provincia, que á pesar de haberse sometido anteriormente han tomado parte en esta rebelion, sean castigados con la mayor severidad, aprisionándolos y confiscando ó destruyendo todos sus bienes. Tambien he dispuesto que se conceda una compensacion por parte de estos Estados á todos aquellos que hayan sufrido por causa de los rebeldes, y he mandado asimismo terminantemente que los individuos de la milicia que despues de combatir á nuestro lado, se pasaron al enemigo, sean ahorcados inmediatamente. Es mi deseo que adopteis las mas rigurosas medidas para castigar á los rebeldes en el distrito de vuestro mando y espero que obedezcais estrictamente las órdenes que os transmito en esta carta respecto á los habitantes del pais.» Todos los comandantes de los demás puestos militares recibieron misivas semejantes.

En cualquiera otra época, enviar órdenes como esta á oficiales, dotados por lo regular

de pocos conocimientos y prudencia, no hubiera podido menos de producir malos efectos, pero en aquellas circunstancias en que estaban irritadas todas las malignas pasiones del corazón humano, las consecuencias fueron lamentables. Ejecutáronse al pié de la letra las órdenes recibidas: numerosas personas sufrieron la pena de muerte; otras fueron arrojadas en una prisión después de confiscar ó destruir sus bienes; por todo el país se vertió la sangre en medio de los mayores horrores; las mujeres y los niños quedaron sin amparo y sin hogar, y al fin tantas calamidades y miserias escitaron la cólera del pueblo y el deseo de venganza.

Prescindiendo de la injusticia de semejantes medidas, nada podía ser más inconveniente é inoportuno que la conducta observada por Cornwallis, puesto que levantó al pueblo induciéndole á obrar de una manera enérgica. La manera de proceder de Cornwallis no pudo ser más imprudente, pues sin excusa ninguna y solo por motivos de política, hubo personas á quienes arrestó hallándose en su mismo lecho y que fueron embarcadas luego para San Agustín á pesar de sus súplicas y observaciones.

El día 8 de setiembre salió Cornwallis de Camden, y hácia fines de mes llegó á Charlotte (Carolina del Norte), de cuyo punto se apoderó después de una corta resistencia por parte de la caballería voluntaria al mando del coronel Davie. Aunque en Charlotte se notaban síntomas de oposición, el jefe inglés siguió avanzando hácia Salisbury y ordenó á su milicia que cruzara el Yadkin, mas allí se vió detenido repentinamente en su victoriosa marcha por un imprevisto desastre. Cornwallis, que hacia los mayores esfuerzos para reunir á los habitantes del país á fin de organizar con ellos una milicia inglesa, había enviado al Mayor Ferguson,

oficial de mucho mérito, con un pequeño destacamento, al distrito de Ninety Six, con objeto de atraer á su partido á los realistas que allí hubiese, y esperaba del citado Ferguson los más importantes servicios.

El Mayor cumplió su cometido con el mayor celo, y después de reunir un considerable número de realistas, cometió infinitas depredaciones con los amigos de la independencia en aquella localidad, mas no contento con esto y en la esperanza de cortar el paso al coronel Clarke, que se retiraba después de intentar un ataque sobre Augusta. en Georgia, Ferguson resolvió permanecer cerca de las montañas mas tiempo del necesario. A esta circunstancia sin embargo, debió su perdición. Los rudos montañeses de Virginia y de la Carolina del Norte resolvieron cortar la retirada á Ferguson, y en su consecuencia reuniéronse voluntariamente, nombraron sus jefes, y sin orden ni concierto pusieron en marcha seguidos de otras partidas de los alrededores que iban agregándose sucesivamente. Cada hombre llevaba su manta, su saco y su rifle, y aquella banda se puso en busca del enemigo equipada del mismo modo que si tratara de ir á cazar fieras al bosque. Por la noche dormían sobre la dura tierra sin mas luz que la del estrellado cielo; apagaban su sed en los arroyos, alimentábanse de la caza, y su número llegó al fin á ser tan formidable, y tan rápida era su marcha, que no parecía fácil se les escapara su presa. Cuando llegaron á Gilbertown á principios de octubre, componíase ya su fuerza de tres mil hombres.

Ferguson trató de retirarse, pero como los americanos estaban resueltos á no dejarle escapar, eligieron mil tiradores de los más experimentados, que montaron á caballo para lanzarse en persecución del enemigo. Los

montañeses marchaban con tal rapidez, que la retirada se hizo imposible, y comprendiendo entonces Ferguson que le alcanzarían inevitablemente, tomó posición en King's Mountain, en los confines de las Carolinas del Norte y Sur, y esperó el ataque.

El día 7 de octubre presentáronse los americanos ante el enemigo mandados por el coronel Campbell, si bien la autoridad de éste era solamente nominal, porque allí nadie entendía de órdenes ni de subordinación y disciplina. Los montañeses no obstante se convinieron en dividir sus fuerzas á fin de atacar á Ferguson por distintos puntos á la vez, y los diversos destacamentos, conducidos por los coroneles Claveland, Shelby, Sevier y Williams, marcharon resueltamente al ataque. El primero de estos jefes, que iba al frente de los demás, dirigió á sus hombres las siguientes palabras: «¡Valientes compañeros; ya hemos batido á los Tories y aun podremos vencerlos! Cuando empiece la pelea no esperéis órdenes de mí; todo lo que puedo hacer es daros el ejemplo; imitadme. Que cada hombre se considere como un oficial y obre según le dicte su conciencia, pero si os rechazan, lejos de huir, renovad el combate. Si alguno tiene miedo, no solo puede retirarse, sino que se le ruega lo haga al momento.»

El ataque comenzó inmediatamente, y los montañeses, apostándose detrás de las rocas y entre los árboles, hicieron un nutrido fuego contra el enemigo, y si bien este rechazó varias veces á sus adversarios, los americanos volvieron con la mayor obstinación al ataque. Después de una hora de obstinada lucha, Ferguson cayó al fin mortalmente herido, y esto bastó para que sus tropas arrojasen las armas huyendo precipitadamente, pero diez de los Tories que cayeron prisioneros, fueron ahorcados en el

acto, después de lo cual aquellos rudos y valerosos guerreros se volvieron á sus casas celebrando la victoria.

La derrota del destacamento de Ferguson, del que tanto se esperaba, fué un golpe desgraciado para Cornwallis, porque desconcertando sus planes, le impidió continuar su marcha hácia el Norte. El 14 de octubre, día en que recibió noticias seguras de la muerte del Mayor Ferguson, y hallándose el ejército en disposición de ponerse en marcha, el jefe inglés abandonó á Charlotte con el fin de irse retirando por la Carolina del Sur, mas en este movimiento retrógrado las tropas sufrieron mucho, pues á consecuencia de haber estado lloviendo varios días seguidos, hallábanse los caminos intransitables y los soldados tenían que acampar por la noche en los bosques, sufriendo toda clase de molestias. Los realistas que iban con el ejército, fueron de mucha utilidad, mas no se recompensaron sus servicios debidamente, y disgustados muchos de ellos por el lenguaje altanero y hasta por los malos tratamientos de los oficiales, abandonaron á su suerte á los ingleses. Al fin las tropas atravesaron el Catawba y pudieron llegar á Wynnborough el 29 de octubre.

Sumpter, que había conseguido reunir otra vez una banda de atrevidos partidarios, continuó hostilizando á los ingleses de varios modos, ya sorprendiendo sus puestos militares, ya interceptando diariamente algún convoy, de tal manera que les tenía siempre en continua alarma. El Mayor Wemyss le atacó en Broad River el 12 de noviembre, pero fué derrotado, y otro tanto le sucedió á Tarleton, que ocho días después cayó impetuosamente sobre Sumpter en Blackstock Hill. En esta última acción los ingleses sufrieron considerables pérdidas, y el jefe ame-